

Estar a la escucha **Reflexiones sobre la voz y el cuerpo en la lectura de J.L. Nancy**

Paula La Rocca
Facultad de Filosofía y Letras, UNC
pau_delektro@yahoo.com.ar

Ana Neuburger
Facultad de Filosofía y Letras, UNC
anita_neu@hotmail.com

Resumen

Estar a la escucha. Abrir la posibilidad de la expansión de la voz: El espacio de la resonancia. Nos preguntamos si es posible dar lugar a una evocación de lo sonoro, dejando atrás la tradición metafísica que ha privilegiado la presencia de lo manifiesto en el mundo, de lo estrictamente visual. Diferenciar la permanencia de la imagen de la imagen sonora. Escuchar un sentido posible que no se dirige al entendimiento sino a un situarse en un umbral en donde el eco hace aparecer y desaparecer al sentido. El presente sonoro permite intuir un llegar y un partir simultáneos, *se hace* espacio de relación donde el sentido y el sonido, en una remisión infinita, se despliegan hacia la apertura de un sentir(se) *sí mismo*. Si comprendemos la escucha como espacio de expansión, podremos pensar el acceso de la palabra al cuerpo. La voz de la experiencia poética, la dicción que permanece en ella, es una presencia que aparece-desaparece desde la profundidad de la palabra. El cuerpo, así, es el lugar de la resonancia de esa voz que sigue en crescendo y que no desaparece porque está siempre ahí. El cuerpo como *caverna retumbante* en el sentir de su propia resonancia. Este sujeto que se escucha a sí mismo, sujeto de escucha, se encuentra siempre en un por venir. En la lectura de J. L. Nancy nos proponemos acercarnos a la experiencia abriente de una escucha que sólo es posible en la disposición sensible hacia la vibración, el tono, el timbre. Intentaremos permitirnos oír aquello que arrebató al sentido.

Abstract

Be listening. Opening the possibility to expand the voice. The resonance space. We wonder if it is possible to lead an evocation of the sound, leaving behind the metaphysical tradition that has privileged the manifest presence in the world, of the strictly visual. To differentiate the image permanence of the sound image. Play a sense may not be directed at understanding but a stand at a threshold where the echo to come and go makes sense. This sound can sense a coming and a simultaneous basis, space relationship is where the sense and sound, in an infinite referral, are deployed to the opening of a feeling itself. If we understand listening as expansion space, we can think the word as an access to the body. The voice of experience, the poetic diction that remains there is a presence that appears, disappears from the depth of the word. The body, as well, is the resonance of the voice that is still in crescendo and that does not go away because it is always there. The body as booming cavern in the sense of its own resonance. This guy who listens to himself, listening subject, is always a future. In reading J.L. Nancy approach we propose an opening

experience that can only be heard in the sensitive disposition to the vibration, the tone, the timbre. We'll try to hear what snatches sense to the poetic reading.

Oír es ser tocado a distancia.

(Quignard: 2003: 106)

Resonancia

Partir del silencio, aguzar el oído que se tensa en un estar a la escucha es abrir la posibilidad a la pregunta por el ser. Sobre el mismo fondo que la filosofía de la manifestación pensó en términos de presencia y verdad de las formas, J. L. Nancy abre el sentido para preguntarse por aquello que debe escucharse y no verse. Hay un existir según la escucha cuya verdad se pone en juego en el espacio de una remisión, espacio que se produce en el encuentro de lo sonoro y el sentido. En el límite del entendimiento, que procura todo decir, subyace el sentido. Escuchar sería entonces estar tendido hacia un sentido posible, sentido que no busca conformarse en logos sino que su fundamento será más bien la resonancia.

Lo sonoro arrebató la forma: no conforma a su exigencia un hacer presente a la presencia en tanto develamiento, como aquello que se saca a la luz, sino que la evocación de lo sonoro exige la presencia a sí misma, es el impulso que hace posible su lugar de mostración: “no la establece, así como no la supone establecida. Anticipa su llegada y retiene su partida, mientras se mantiene suspendida y tensa entre ambas” (Nancy 2007: 44). Estar a la escucha es permanecer en el umbral del sentido, donde el sonido se comporta como el límite a partir del cual el sentido se vuelve *sentido resonante*. Así, sonido y sentido se encuentran en un mismo espacio: el espacio de la remisión. De tal modo, el reenvío (infinito) que abre el espacio de reunión entre sonido y el sentido convocan a un pensar la relación del sí mismo, sus alcances y los vínculos existentes con la noción de algún sujeto posible. Este espacio se abre a la experiencia del sonar, de la vibración y del cuerpo sonoro.

Sobre el espacio conformado por el sentido y el sonido, espacio entendido en términos de remisión, consideremos ahora aquello que Nancy nombra como *sí mismo*. Primero, tomando al sonido como aquello que se propaga en el espacio, que se desplaza en la posibilidad de un espacio abierto, *abriente* (el sonido resuena tanto en el espacio exterior como interior). El sonido entonces se relaciona consigo en una remisión que encierra en sí un sonar y un resonar simultáneos. Así, el espacio de remisión que comparten el sentido y el sonido puede ser definido en términos del espacio del sí mismo o, si se quiere, espacio de un sujeto. El sí mismo sólo puede ser comprendido como lugar de remisión –como espaciamento y resonancia. Dice Nancy al respecto: “Un sujeto se siente: esa es su propiedad y su definición [...] siempre se siente sentir un ‘sí mismo’ que se escapa o se parapeta, así como resuena en otra parte al igual que en sí, en un mundo y en otro” (2007: 24). De este modo, lo que comenzó definiéndose como escucha en términos de la disposición a un sentido próximo y posible, en este punto puede ser pensado como ese estar tendido hacia un acceso al sí mismo. Aclaremos también que este sujeto, el sí mismo, no responde de modo alguno a la noción de un ‘yo’ sino más a una forma, a un movimiento

propio de la remisión infinita que no puede ser fuera de esa misma remisión. El acecho de un sujeto desembocaría así en la disposición de la escucha.

El acecho entendido en los términos de Nancy no corresponde a la lógica del campo visual. Este es un punto al que siempre se va a volver: el espacio que dista entre la mirada y la escucha. El primero remite siempre a un objeto, no da a lugar al reenvío del sí mismo. La escucha en cambio sólo es en tanto (se) remite en sí mismo. Este vínculo supone siempre una tensión: entre la escucha y el acecho media una tensividad. Cabe señalar que no es posible en este recorrido hacer referencia a un sujeto ya dado como “relación conmigo” ni tampoco como un sí mismo con otro. Es una relación en sí, la resonancia de una remisión. Nancy dirá que esta apertura tensa que significa la escucha es la realidad misma de ese acceso y no una figuración de ella y por lo tanto “indisociablemente ‘mía’ y ‘otra’, ‘singular’ y ‘plural’, así como ‘material’ y ‘espiritual’ y ‘significante’ y ‘asignificante’”. (2007: 31)

Lo sonoro también tendrá un alcance temporal en la escucha. Pero no como una presencia en disposición de una estar presente sino como un movimiento vacilante, un *venir* y un *pasar*. El presente sonoro no corresponde al tiempo filosófico, al tiempo cero, a la temporalidad entendida de modo negativo. No es lineal sino más bien un tiempo *abriente* que se pliega y despliega sobre sí y se desplaza huidizo en un espacio que le es propio, un espacio que se abre a la resonancia. La presencia sonora arremete, irrumpe, *comporta un ataque* dirá Nancy, o en palabras de Quignard: “nadie puede protegerse de él. [...] No hay apartamiento ante lo sonoro” (1998: 105). Es decir, no es entendida en términos de ser-ahí sino que es una presencia que avanza y encierra en sí una remisión que va de un lado hacia otro. No se halla ausente al no comprender un estado de cosas, sino que se encuentra en su puesta en movimiento del lugar sonoro, “como el tener lugar de un sí mismo [...] es un lugar que se convierte en un sujeto, toda vez que el sonido resuena en él” (Nancy 2007: 38-39). Así, al hacer referencia a la temporalidad que encierra la escucha se vuelve inevitable pensar en la dimensión que ocupa el sujeto. El ser es entendido en estos términos como resonancia, no como sujeto dado, sujeto fenomenológico. El sujeto resonante o sujeto de la escucha se encuentra siempre en un por venir. Sólo puede ser comprendido como el lugar de esa resonancia, como encuentro de todos esos reenvíos infinitos, como pliegue y despliegue simultáneos. El sujeto y el tiempo: el sujeto que se abre al tiempo y que es abierto por él. El sujeto como envoltura de repliegues, de adentro y afuera.

Cuerpo

Hemos inventado el cuerpo, saturamos a la piel de signos bajo el imperio de lo visual. ¿Cómo escuchar el cuerpo, con el cuerpo, cómo escribir el cuerpo mismo? Pero no cuerpos sin sentido, sino cuerpos tocados por la escritura en su propio extremo. Cuerpos conmovidos por el sentido –por un sentido a la vez singular y plural–, por lo *incorporal* del sentido. En la conmoción, el sentido se vuelve un tocar: la conmoción es una puesta en marcha, una afección, un entrar en movimiento (del cuerpo) con.

El cuerpo es el espaciamiento, tiempo/espacio haciéndose cuerpo. Los cuerpos son lugar de la existencia porque el ser no es previo al cuerpo. El *aquí* del cuerpo señala un lugar abierto por el cual la existencia discurre y la piel es el “lugar de acontecimiento de la existencia” (Nancy 2003: 16). La piel da lugar en tanto límite: es, a la vez, abertura y discreción.

¿Cómo penetrar el cuerpo? En estado de continua variación, el cuerpo-caverna hace eco de su propia profundidad desnuda/abierta. Lo sonoro comporta un ataque, pero, al mismo tiempo, el cuerpo en tanto lugar escucha con todo su ser: está siempre ya dispuesto a la escucha. Lo sonoro abre la posibilidad al cuerpo de escucharse en su resonancia, de escuchar su vibración, su amplitud, su espesor. Lo sonoro penetra, arrebatada y por tanto se incorpora y se rechaza en el mismo movimiento en el que aparece/desaparece en su permanencia. Lo visual persiste, lo sonoro se desvanece aun estando ahí. Por ello no podemos conocer otra cosa que el cuerpo significativo. Significado por el signo el cuerpo es despojado de sí mismo. El cuerpo se construye hasta el límite: sin cuerpo no hay significación –la significación se hace por él, y así termina siendo signo; o bien: el sentido se da al cuerpo y se plantea como su otro *incorporal*–, retorno de la dualidad cuerpo/alma. Siendo su misterio, el sentido se devuelve indescifrable. Sin embargo, y aquí la encarnación del espíritu, el sentido del cuerpo es el cuerpo expuesto en su propio límite: fuera de la jerarquización, fuera de la tradición que subordina al cuerpo, él es su propia alteridad, el cuerpo es sí mismo así como es lo indefinidamente otro, su propio afuera. Lo que se ha dado en llamar espíritu es el cuerpo puesto en movimiento, su experiencia, su goce, su desdoblamiento: el estremecimiento del cuerpo de sí a sí.

El cuerpo está a la escucha por la sonoridad misma. Lo sonoro seduce al cuerpo en tanto el cuerpo por lo sonoro se reconoce lugar de existencia. La escucha no funciona como evidencia –dominio del orden visual– sino que actúa como exposición, como espaciamiento. El cuerpo no absorbe la palabra como signo, la palabra penetra el cuerpo haciendo eco en el vacío sin poder tocarlo en sus extremos, haciendo de todo el cuerpo la infinidad del punto límite y haciendo del punto límite la expansión total del cuerpo infinito. La palabra se vuelve cuerpo, ingresa al espacio de la remisión, a la continuidad del espacio sentido-sonoro. El cuerpo-límite ya no hace sentido sino que es sentido en tanto experiencia sonora; el fin del sentido sensato es el comienzo del cuerpo-sentido, del cuerpo que (se) siente: “el cuerpo expone la fractura de sentido que la existencia constituye, sencilla y absolutamente” (Nancy 2003: 22). El 'yo' en tanto *corpus ego* no es una propiedad del ser, es una singularidad sentida, la ocurrencia de un tono, no del orden del significativo sino del proferimiento: la resonancia de una extensión que es sin sujeto (sin sujeto para la muerte, sin sujeto de la significación).

No hay 'mi propio cuerpo' porque el cuerpo-objeto es reconstrucción desde fuera, una pretensión de ser cuerpo-sujeto, sujeto dado en un cuerpo. El cuerpo expuesto, en cambio, es su espaciamiento en tanto existir fragmentado; no es, por tanto, una intimidad sacada al exterior, no es puesta a la vista de lo que ha permanecido oculto y que luego se revela: no hay más revelación que la de los cuerpos visibles en su mostración absoluta. El adentro no se encarna en el cuerpo, su exposición es el vértigo insostenible de la total mostración de sí. El cuerpo está ya siempre expuesto, pero la sobreimpresión de las significaciones lo mantiene fuera de la contemplación. Por la visión sólo podemos comprender a partir de lo que ya no está ahí: el cuerpo que es siempre riesgo de movimiento en su ausentarse se demuestra como partida. La pura exposición no se nos da a la vista, sólo, quizás, se pueda oír la resonancia de su volumen.

“Escuchar es ingresar a la espacialidad que, *al mismo tiempo*, me penetra” (Nancy 2007: 33). El presente sonoro se encuentra involucrado en el límite espacio/tiempo. El espaciamiento de su resonancia es *omnidimensional*, expansivo, a diferencia del tiempo

filosófico que es puntual. No parte de una negatividad cero sino del continuo abrirse a través de los cuerpos en un tiempo que se ensancha, y que, así, contiene en sí la simultaneidad múltiple, plural de movimientos que hacen presencia en la remisión entre la escucha y el acontecimiento sonoro. Todo cuerpo está tendido *hacia*, y en esta apertura es que el sí mismo puede tener lugar (toda escucha es, a la vez, avanzada y disposición, penetración y apertura). El espaciamiento nos permite, entonces, pensar/pesar la gravedad de los cuerpos.

Cuerpo y pensamiento están siempre en con-tacto, en el umbral —demasiado lejos para ser pensamiento, demasiado cerca para ser cuerpo—, en el límite de la existencia. Pensar es siempre pesar, el sentirse sentir de los cuerpos, el toque de la materia, el hundimiento del ser en el espesor de la existencia. El cuerpo como corpus, sin razón trascendental, una yuxtaposición de partes, de fragmentos, de trozos, de piel, carne, pliegues. No sistemático, el cuerpo pasaje: *penetrable en su impenetrabilidad*, sin un qué comprender. El mundo de los cuerpos es un mundo sin verdad, es ausencia de la Idea previa, es nada más que su propia mostración, su mostrarse en abismo. No es imagen *de* algo, sino que es *la* imagen plástica del espaciamiento, presencia impedida de ser contemplada, arrebatada a los sentidos. Presencia irrecuperable, llegada y partida de lo que todavía, tal vez, se pueda oír fuera de la significación. El pensamiento como pesaje pesa al mundo, al cuerpo en tanto sentido (y no significación). Pensar/pesar lo imposible, lo impensable, en su propio límite, en el límite con lo real, en la no-significancia de la desnudez del cuerpo. El cuerpo como espaciamiento del sí mismo hace gravitar sobre sí toda la densidad de su materia hasta el vacío. Trabaja como un agujero negro que se traga hasta su propia desfiguración, hasta su precipitación como lugar del no-lugar. El acontecimiento sonoro retumba a través de la caverna, a través del agujero e incluso logra escapar, logra redistribuirse en el *mundo de los cuerpos*. Del cuerpo solo queda cuerpo, nada antes ni después. En la extensión del cuerpo ya no hay nada disponible para intensión alguna, es espacio de tensión, de acoplamiento, de fuga. El sujeto fenomenológico, sujeto de la intención se desvanece en la imposibilidad de dirigirse hacia un cuerpo-objeto. El cuerpo se pliega (despliega/repliega) en su mostración absoluta sonado de sí para sí, resonado desde dentro hacia dentro y en la extensión de su propio afuera.

Esta aproximación a la escucha en Nancy pone en juego las relaciones que se tienden entre lo sonoro, el sentido, el sujeto —sí mismo— y el cuerpo. Aquello que se persigue constantemente es una pregunta inaugural: ¿Por qué se ha privilegiado un soporte del orden de lo visual y no la disposición del sujeto ante la escucha? El entramado de todas estas nociones avanza en relación a ese interrogante. El estar a la escucha como un abrir(se) a la resonancia y la resonancia como un abrir(se) al sí mismo. Tanto el cuerpo que resuena, que se siente vibrar, como el sujeto en tanto ser que se remite al sí mismo. La remisión infinita que supone el espacio *abriente* de la sonoridad y el sentido que atenta contra lo manifiesto pensado en términos de presencia. El sentido y el cuerpo se *tocan* y remiten siempre, infinitamente, al espacio resonante y sonoro.

Bibliografía

Barthes, R. 1986. *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. Barcelona: Paidós.

_____. 2003. *El placer del texto y la lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del College de France*. Siglo XXI, Bs As.

Bataille, G. 1981. *La experiencia interior*. Madrid: Taurus.

Blanchot, M. 1970. *El diálogo inconcluso*. Caracas: Monte Ávila.

Nancy, J-L. 2003. *Corpus*. Madrid: Arena Libros.

_____. 2003. *El sentido del mundo*. Buenos Aires: La Marca.

_____. 2007. *A la escucha*. Buenos Aires: Amorrortu.

_____. 2008. *Las musas*. Buenos Aires: Amorrortu.